



Correspondencia Episcopal

Pascua: un mundo abierto a la eternidad

Queridos hermanos:

La Pascua de resurrección es una fiesta tan grande que no cabe en un solo día. Toda la semana, la octava de pascua, forma como un gran domingo. Tradicionalmente a esta semana se la llamaba “in albis”, porque los que recibían el bautismo en la Vigilia pascual vestían vestiduras blancas, símbolo de la pureza de quien ha vencido al pecado y de la victoria sobre la muerte. Es la forma que tenemos de participar nosotros en la resurrección de Jesús: el perdón de los pecados en esta vida y la resurrección en la vida futura.

Por eso, el mensaje que oiremos repetido una y otra vez es que Jesús ha resucitado, pero no él solo, sino como primicia, el primero de otros muchos. También nosotros resucitaremos. Es una Buena noticia que nos interesa y no nos puede dejar indiferentes. No es lo mismo plantearse un mundo cerrado en lo que vemos y podemos por nosotros mismos, que abierto a la eternidad, a una esperanza que va más allá de nuestras fuerzas.

Las apariciones de Jesús resucitado demuestran una y otra vez que el Señor con su cuerpo traspasó el umbral de la muerte: el resucitado, aunque es una nueva creatura, es el mismo que fue crucificado. No es otra persona, ni un fantasma: tiene las llagas de los clavos en las manos y los pies y la lanzada en el costado. ¡La resurrección no es un espejismo ni un invento de los discípulos!

Es muy importante el subrayado evangélico de que Jesús resucitado conserva las llagas abiertas. No han cicatrizado con la resurrección, no se han cerrado ni los agujeros de los clavos ni la herida del costado. En ellas puede meter Tomás el dedo y la mano, y vencer así su incredulidad. Tocar las llagas de la pasión de Cristo es la prueba de la resurrección para Tomás y también para nosotros. Si las tocamos, confesamos espontáneamente: “Señor mío y Dios mío”.

Las llagas de las manos de Jesús siguen abiertas cuando nos visita una enfermedad que nos hace tomar conciencia de nuestra impotencia, de nuestra condición finita, de que nuestra vida no se puede medir solo por lo que hacemos o lo que producimos. Las llagas de los pies las tocamos en nuestra sociedad cuando la inequidad deja sin oportunidades para salir adelante a los más vulnerables, a los migrantes, a los pobres... y nos damos cuenta de que algo falla en el sistema. La llaga del costado de Cristo sigue abierta en los horrores de la guerra con tanta sangre derramada y tanta destrucción sin sentido. Son heridas que Jesús hizo suyas y en las que podemos poner nuestras manos también hoy.



Estas situaciones nos superan, nos muestran que no somos dueños de nuestra vida ni señores de nuestra historia, y nos obligan a abrir la mente y el corazón a otros horizontes. No puede ser que tanto bien acabe en tanta guerra. Tiene que haber un todo mayor al que nosotros podemos concebir y dominar; tiene que haber una esperanza que va más allá de nuestras fuerzas.

Lo que nosotros consideramos irregular, defectuoso, lo que no funciona ni produce, lo excluido con los criterios de este mundo, son las llagas de Jesús que están esperando que tomemos en serio para que exclamemos: “Señor mío y Dios mío”. Cuando las tocamos, nos damos cuenta de que esta vida no se justifica a sí misma. Y no es menos milagrosa esta vida que disfrutamos ahora que la que el Señor resucitado nos promete: ninguna de las dos depende de nosotros, pero para la otra tenemos una esperanza en esta y una primicia en la resurrección del Señor.

Con mi bendición, les deseo una santa Pascua,

+ Jesús Pulido Arriero, obispo de Coria-Cáceres